

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS
DE
CONSTANTINA

MEMORIA

LEIDA POR EL DIRECTOR DE LA ESCUELA

D. JOSÉ MONTERO Y NAVAS

EN LA APERTURA DEL CURSO DE 1906-1907 EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1906

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. ENRIQUE DEL CASTILLO Y ROMERO

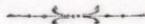
ABOGADO DEL COLEGIO DE CÓRDOBA

Y

CRÓNICA DEL ACTO

POR

D. MANUEL DÍAZ MARTÍN



CÓRDOBA.-1906

IMPRESA DE "EL DEFENSOR", LEONES, NÚMERO 15

Antonio Melendez

R. 4702

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS
DE
CONSTANTINA

MEMORIA

LEIDA POR EL DIRECTOR DE LA ESCUELA

D. JOSÉ MONTERO Y NAVAS

EN LA APERTURA DEL CURSO DE 1906-1907 EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1906

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. ENRIQUE DEL CASTILLO Y ROMERO

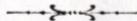
ABOGADO DEL COLEGIO DE CÓRDOBA

Y

CRÓNICA DEL ACTO

POR

D. MANUEL DÍAZ MARTÍN



CÓRDOBA.—1906

IMPRENTA DE "EL DEFENSOR", LEONES, NÚMERO 15



FL
7
mem

MEMORIA

DE

D. JOSÉ MONTERO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Con verdadera satisfacción he procurado corresponder á las indicaciones solícitas de nuestras autoridades locales, contribuyendo muy complacido á solemnizar esta fiesta del trabajo que dá relieve á las señaladas en el programa de nuestros festejos de feria.

Bien claro se demuestra ese relieve con la historia memorable que aportan á nuestros espíritus las sesiones inaugurales que hemos solemnizado y de las que conservaremos siempre el más grato é imborrable recuerdo.

Prestan atención á esta fiesta, los elementos valiosos de la intelectualidad de nuestro pueblo, y, para que nada le falte de atrayente y simpático, le dan el más perfecto colorido la representación de las damas que nos honran con su asistencia.

Ya con esos elementos protectores de nuestra Escuela, hay sobrados motivos para infundir los alientos precisos á vigorizar nuestras concepciones, haciéndonos insistir en nuestros entusiasmos, por las prácticas enseñanzas que esta Academia ofrece y es justo que, correspondiendo como debo al

amor y al trabajo de mis discípulos, yo reconozca que en sus empeños hay mucho que también virtualmente me obliga á poner de relieve sus méritos indiscutibles, ya que han sabido con su esfuerzo perseverante bordear en poco tiempo los linderos del doctorado en esas enseñanzas, cimentando y vigorizando el porvenir de esta institución que, habiéndome ofrecido plácemes y distinciones las más honrosas, influyen directamente la vida y el progreso de las clases obreras de Constantina.

El alcance cada día más transcendente de esta hermosa finalidad basta y sobra, para mi orgullo de ciudadano, que aspira con fé ciega á llevar un grano de arena siquiera á la obra redentora y patriótica del progreso artístico de nuestro pueblo.

Por ventura, el camino tardo y difícil de la era de propaganda de esta Escuela puede decirse que toca á su fin, puesto que los elementos que la integran se hallan muchos de ellos capacitados para emprender obras de empeño artístico, como las realizadas en los dos últimos cursos de que dan señalada muestra los ejemplares escultóricos y arquitectónicos, cuyos detalles principales forman el museo que estamos creando, y que significa por hoy el triunfo de nuestras antiguas aspiraciones y el cimiento de las más elevadas que sentimos para el porvenir.

Así con estos hechos y con tales aspiraciones, corresponderemos al favor dispensado por los que siempre nos alentaron, procurándonos la satisfacción que más halaga á los hombres de buena voluntad, que es el reconocimiento y la complacencia que sigue al deber cumplido.

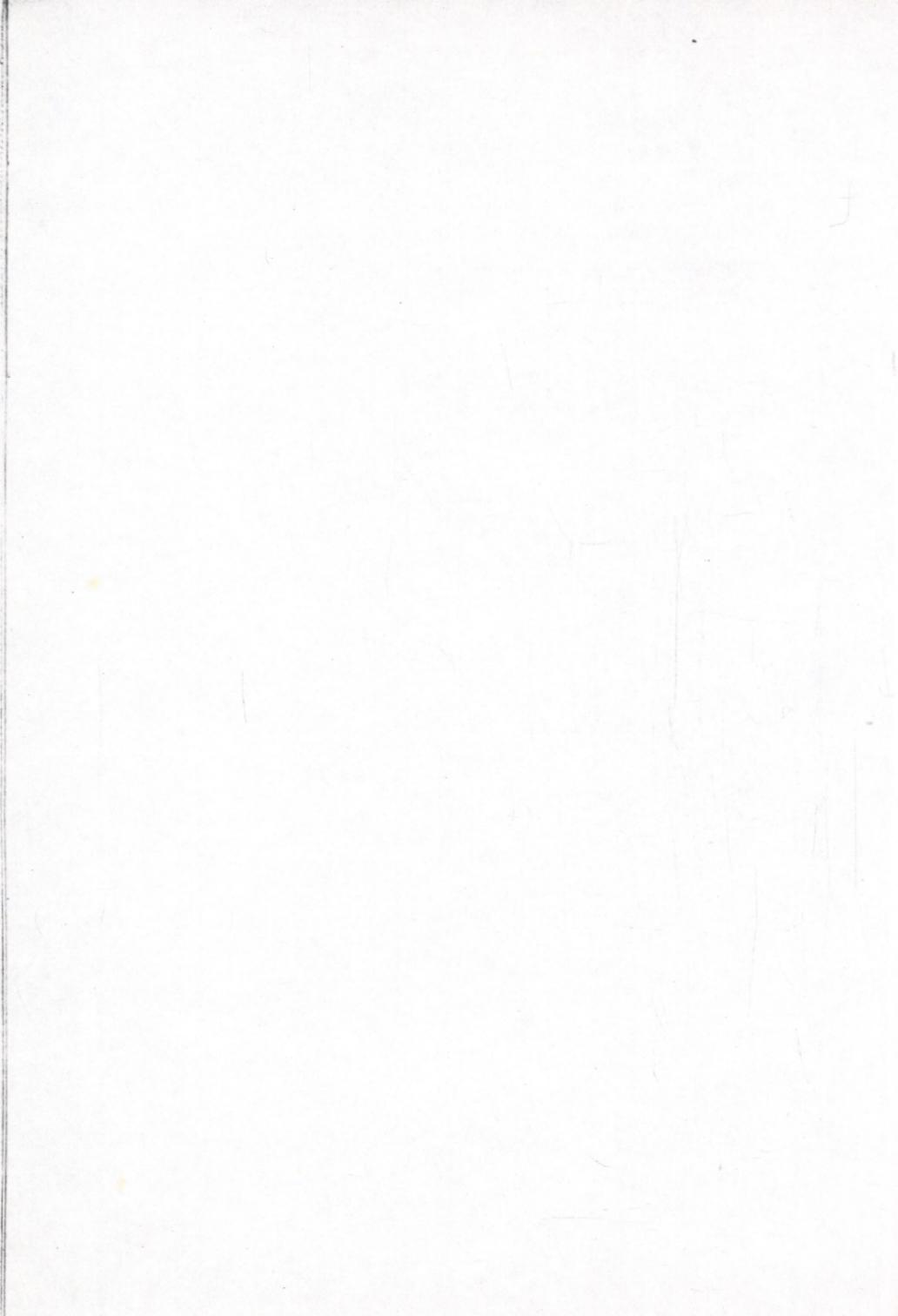
En él seguiremos inspirándonos y así no nos faltará jamás el concurso de nuestros conciudadanos para fomentar esta obra de regeneración que con un tan pequeño cimiento bien pudiera elevarse á las más altas esferas del respeto público y de las más altas consideraciones sociales.

Nada más me corresponde decir, porque estais justamen-

te pendientes de escuchar la palabra autorizada del orador de esta fiesta que, deferente á mis ruegos, tiene la bondad de honrarnos en este día.

Así, pues, termino y os pido á todos perdón por mis torpezas, mientras quedo reconocido á vuestras bondades.

HE DICHO.



DISCURSO

DE

D. ENRIQUE DEL CASTILLO Y ROMERO

SEÑORAS Y SEÑORES:

Me encuentro delante de vosotros cumpliendo á la vez un simple deber de gratitud y una exigencia imperiosa de mi espíritu. Invitado con extrema galantería por el ilustrado Director de la Escuela de Artes y Oficios de esta población, mi querido amigo D. José Montero y Navas, para dirigiros la palabra en el día solemne de la inauguración del nuevo Curso, necesariamente tenía que aceptar un ofrecimiento que tanto me honra, como lo acepté sin vacilar, desechando la profunda inquietud, la misma zozobra que todavía siento ante el justo temor que abrigo de empequeñecer con mi presencia la importancia del acto que estamos celebrando.

Si á este deber de simple gratitud se une la exigencia imperiosa de mi espíritu, que me ordena seguir fielmente cuanto á Constantina se refiere, ya que su nombre no significa para mí uno más entre los muchos que figuran en las páginas de la geografía, sino que el mismo forma con Sevilla, donde nació, y Córdoba donde resido, la Trinidad de aquellos pueblos á que, entre todos los de la tierra, rindo desde el fondo de mi alma un culto fervoroso, comprendereis fácilmente que mi

atrevimiento tiene disculpa y que si vengo á molestaros breves momentos con mi palabra torpe y desaliñada, es por algo que merece respeto, por algo que brota del corazón, como brotan las hojas del tallo, igual que nacen todos los sentimientos desligados de la propia voluntad, y sin trabas que sujeten el noble impulso á que obedecen.

El pueblo de Constantina, con su cielo claro y transparente, que cobija un suelo de fértil vegetación, con su espléndida naturaleza en constante y eterna primavera, con el sabroso líquido que derraman sus viñedos para confortar el estómago de los dispépticos, con sus frondosos castañares, donde los rayos de un sol siempre ardiente, penetran tímidamente formando con la ténue luz que se filtra á través de la enramada, fantásticas combinaciones que recrean los sentidos; con el derruido Castillo que, como encina vieja, corona la altura del monte cercano; todo el conjunto, en fin, de extraordinaria belleza que tiene Constantina, es para mí algo propio, algo que está identificado con mi ser, algo que evoca en la memoria mía el simpático recuerdo de cosas que estuvieron en contacto con mi persona en aquella época de la infancia que pasé corriendo en vuestras calles y en vuestras plazas, en aquellos tiempos á que todos volvemos con agrado la vista porque los miramos con envidia; en aquellos años, por último, en que las miserias y las luchas de la vida no han logrado turbar la plácida tranquilidad de nuestro espíritu.

Saludo, en primer lugar, á todos los hijos de este país privilegiado, que tienen la fortuna de encontrarse tan digna, tan acertadamente representados en la persona de mi respetable amigo el distinguido Presidente de la Corporación Municipal, D. Francisco Segovia de la Rosa, á quien me complace enviar el sincero testimonio de mi consideración y de mi afecto. Es vuestro Alcalde, como merece un pueblo hospitalario, virtuoso y trabajador, un perfecto caballero, modelo acabado de ilustración, de cultura, de talento y, sobre todo, lo que dá mayor realce á su persona mejor que esas cualidades

tan salientes, es la bondad sin límites que constantemente manifiesta. Las frases verdaderamente halagadoras y los elogios inmerecidos que ha prodigado al hacer la presentación de mi persona y que una triste realidad se encargará de desmentir completamente, prueban que la bondad es una necesidad de su existencia y que todo lo sacrifica al deseo de alentar á un joven que no quiere malgastar sus escasas facultades, y que solo pretende ser útil en la medida de sus débiles fuerzas al desenvolvimiento de la cultura popular.

Al extender mi vista por este local, noto con singular agrado que aquí está muy bien representado el sexo femenino, y esto me obliga á saludar, lleno de afecto, á la parte más poética de la vida, la que endulza como hija, como esposa, como madre, las horas de tristeza; la que sostiene con mano cariñosa al hombre abatido y al artista desanimado, pareciendo á la vez la imágen de la resignación y la esperanza, la que perseguida por la muerte, sonríe para hacernos sonreír; la que hace ¡quién lo duda! más hermosa la alegría en los cortos instantes en que la mariposa del placer extiende en nuestros hogares sus alas tornasoladas.

¿De qué hablar ante vosotros? Estoy en un templo del arte, en una Escuela donde la vista se aparta de todo lo que es pequeño y mezquino, remontando su vuelo á las alturas, á las serenas regiones de lo ideal. En tales circunstancias, respirando una atmósfera tan pura, lógico es mantenerse en ella, hablar de lo mismo que contemplamos, de aquello que nos produce grata satisfacción, del Arte, en una palabra.

Al tratar del Arte en general, no intentaré siquiera añadir una nueva definición á las muchas que se han dado anteriormente, porque de cualquier forma, esta palabra es bastante conocida para que pueda emplearse sin largas explicaciones, ni he de analizar tampoco las diversas clasificaciones que se han hecho, limitando el trabajo á pasar revista brevemente, con toda rapidez, á la historia de las Bellas Artes, comprendidas de nosotros por el intermedio de los ojos, arquitectura,

pintura y escultura, con el fin de tener ligeros conocimientos de todas ellas, exponiendo seguidamente nuestra modesta opinión sobre la misión social que en la época presente deben desempeñar las artes útiles, ó sean las artes industriales.

En la antigüedad, los pueblos situados á orillas del Mediterráneo, que sirvió de centro de civilización y de vía de comunicación, como los egipcios, fenicios, griegos, etruscos y romanos, constituyen los pueblos más adelantados por su civilización y por sus artes, y forman la antigüedad clásica, aquella que nos presenta el agradable perfume desprendido de las primeras florecencias, y cuyas obras ofrecen la sonrisa seductora de la infancia y la gracia encantadora de la virginidad.

El Egipto encerrado por el desierto que se extiende por las márgenes fertilizantes del Nilo, muestra en el largo desarrollo del arte, variados matices, según que estudiemos en Menfis sus monumentos funerarios, aquellos túmulos régios elevados por monarcas de la cuarta dinastía que se llaman Pirámides, las Esfinges, con cuerpo de león y cabeza y pecho de mujer, de las cuales la más grande, tallada en roca, medio estatua y medio montaña, parece, según dice Ampere, que su grande oreja recoge los ecos del pasado y que sus ojos vueltos hácia el Oriente, vislumbran el porvenir; sus necrópolis, sobre cuyas paredes se extienden las pinturas y los bajos relieves, representando generalmente la vida terrestre del muerto y que encerraban estatuas en madera ó en piedra, reveladoras de que sus autores eran notables retratistas, cosas todas que causan admiración, como luego la producen en Tebas, los grandes templos de aspecto robusto, con sus récios muros y pilares, sus figuras esbeltas, sus lagos interiores, sobre los cuales en día señalado bogaban barcas lujosas cargadas con las imágenes de los Dioses, y que sorprenden más bien por la enormidad de las dimensiones, que por el buen gusto y la armonía que faltaba en tan gigantes construcciones.

Esa tendencia á pasmar la vista que hemos observado por

igual en Menfis y en Tebas, se encuentra también en los Palacios que los monarcas de la civilización caldeo-asiria se complacían en levantar, como aquél tan famoso de Karsabad, que era una verdadera ciudad, donde cabía cómodamente un pueblo, y en el cual, lo mismo que en los otros de igual clase, la escultura revelaba claramente que se tenía delante un pueblo guerrero, y así se explica que en un bajo relieve que representa á Azurbanipal vencedor, celebrando una fiesta en el jardín de su Palacio, mientras los pájaros cantan, los músicos tocan el arpa, derrochándose por todas partes la alegría; de la rama de un árbol cuelga el cráneo del vencido del Rey de los Elamitas.

Aquel pueblo de mercaderes y navegantes por excelencia, Fenicia, con su religión á la vez sangrienta y sensual, dejó rastros de su gusto arquitectónico en los edificios y necrópolis, esparcidos en distintos sitios de la Isla de Chipre, frente á la costa de Siria, y sus obras de arte, hijas de la imitación mejor que de su génio creador, unas veces fabricando (según frase ingeniosa) Dioses para la exportación; otras sacando de las conchas los elementos de la púrpura con que teñía sus tejidos con lo que se cubrían los reyes, sacerdotes y príncipes; ya con el arte del vidrio en el que fueron muy celebrados, bien con sus célebres vasos de colores vivísimos, y, convirtiendo tan diversos objetos en artículos de comercio, logrando poner el Occidente en relaciones con el Oriente.

Grecia, el país de las ricas ciudades, de donde marchan constantemente millones de emigrantes, cifrando grandes esperanzas en el porvenir; que cruzan el Mediterráneo sin que les infunda pavor las aventuras ni las tormentas como los describe la Odisea, la grandiosa epopeya de la Grecia primitiva, y en el que habita una raza enamorada de lo bello, que, tomando por Dios al astro que ilumina el mundo, observando las diferentes coloraciones de sus colinas y montañas pintorescas, goza los encantos de aquella naturaleza que inspira á sus escritores paisajes llenos de poesía, elevando prodigio-

samente el Arte en Atenas, principalmente durante el mando de Pericles, aquel hombre modesto que gobierna á sus conciudadanos por el prestigio de la inteligencia y la palabra, hasta llevarlo á la espléndida cumbre del apogeo y de la gloria.

Allí, en Atenas, el centro intelectual de Grecia, donde se reunían los historiadores, poetas, sábios, filósofos del mundo, la arquitectura jónica y la dórica, aquélla con su ornamentación sencilla, y ésta con la riqueza de su decoración, dejaron muestras bellísimas en notables monumentos que descubren claramente la diversidad de estilos que aparecen en el templo de la Victoria Apta, situado al lado de los Propídeos, el Erectión, inmediato al soberbio Partenón, ese templo en que todo está pensado para conmover el espíritu con la fuerte impresión que causa su majestad y su grandeza; allí inmortalizaron también sus nombres en la arquitectura y la escultura, génios tan celebrados como Mirón, Policeto, Praxiteles, el del estilo voluptuoso, y principalmente Fidias, que inspirándose en el pensamiento de Pericles, fué el alma de todas sus empresas, sabiendo trabajar en mármol con suma habilidad y dar á las divinidades una expresión de arrogancia insuperable, como lo demuestra la estatua de Atenea, aquella diosa de belleza, de inteligencia y de fuerza, en la que supo combinar la perfección de la forma con la elegancia de la idea; allí, finalmente, se cuentan maravillas de los pintores: Zeuxis había pintado un racimo de uvas sobre el que vinieron á picar los pájaros; Parrasio, una cortina con la que se había engañado el mismo Zeuxis, tratando de descorrerla, y ambos se pasean con una corona de oro en la cabeza; Apeles, el que gana cerca de un millón por un solo retrato, el pintor oficial de la corte de Alejandro, el que en casi todas sus obras representaba á su protector, niño, adolescente, á caballo y hasta Dios, mostrando en ellas como en las Gracias, las Afroditas, las alegorías, mucha finura, con un talento ligero y gracioso.

Si de Grecia pasamos á Roma, todavía hoy, apesar de tantas revoluciones y destrucciones, podemos admirar las nu-

meras ruinas que se conservan, resistiendo los ataques inclementes del tiempo y de los hombres, como débil sombra de lo que fueron aquellos templos famosos de los grandes dioses de la ciudad, entre ellos el de Júpiter Capitolino, los palacios imperiales rodeados de jardines, situados en el Palatino, el grandioso Coliseo, donde la muchedumbre aplaudía los sangrientos combates de los gladiadores y contemplaba á las bestias feroces destrozando las carnes de los cristianos; los teatros, los circos, los innumerables arcos de triunfo, las termas de Caracalla, llenando una inmensa extensión de terreno; los acueductos, con sus majestuosas arcadas; la vía Apia sembrada de tumbas y de monumentos; la suntuosa villa de Adriano; el puerto de la antigua Roma conservando los cimientos de sus arsenales, donde se reunían los comerciantes del mundo entero, y, el Foro, saliendo de hondísimas excavaciones, como recordando á los pueblos modernos que allí estuvo la matriz donde se formó la civilización, en la que todos se inspiran y de la que todos tienen algo que copiar.

Dejando á un lado la dulce impresión que nos causa el relato de las obras de arte producidas por la antigüedad clásica, justo será que recordemos esas obras igualmente meritorias que nos legó el arte cristiano, estudiándolo, bien en las sencillas pinturas que adornaban los muros de las necrópolis subterráneas ó catacumbas, en las que, valiéndose de formas alegóricas, Noé en el arca, recordando la redención; Jonás, que pasó tres días en el vientre de un mónstruo marino, la resurrección; el pez, imágen de Cristo; la paloma, imágen del alma fiel; encerraban todas ellas una profunda enseñanza moral, que por medio de los ojos se dirigía al alma, ó bien en aquellas Basílicas, construídas al aire libre, cuando la nueva situación que Constantino aseguró al cristianismo modificó los rumbos del arte y también los destinos de la sociedad.

El arte bizantino que, teniendo por centro á Constantino, donde se reunían los mercaderes extranjeros procedentes del mundo entero, y en el que se enlazaban á los antiguos

elementos helénicos, los elementos orientales, mostrábase con un carácter original, como puede verse en la Iglesia de Santa Sofía con su cúpula sostenida por grandes pilares, con el oro, la plata, el marfil y las piedras preciosas esparcidas en abundancia, y aquellos lindos mosaicos, en los que sobre un fondo de oro ó azul oscuro, se destacaban pinturas sagradas, hermosas figuras de ángeles y de santos.

El arte árabe, suave, delicado, que parece libre de toda regla, produce caprichosas ornamentaciones, con aquella especie de finísima vegetación que se extiende por todas partes del edificio, imprimiendo á sus líneas graciosa irregularidad, rizando, bordando y llevando su audacia en el dominio completo de la aparente confusión de detalles, hasta el punto maravilloso de que hacen gala en la Mezquita de Córdoba y en la Alhambra de Granada, que más parecen fantásticas visiones de la imaginación, que obra real de artistas geniales.

Y por último, sin detenernos en el arte románico, aquel que los monges de la poderosa Orden de Cluny se encargan de llevar á sus monasterios, diseminados en los siglos X y XI por toda Europa, se nos presenta el arte gótico ú ojival, en el que sobresa la gracia natural, produciendo obras que cautivan, con sus amplias bóvedas centrales que se lanzan por el espacio, con sus ventanas cubiertas de vidrios, á través de las cuales pasa la luz que colorea el interior, con la decoración de fachadas y ventanas, convertidas en inmensa enciclopedia, donde está representado cuanto se une con la idea religiosa, como puede verse en algunos castillos y en las grandes Catedrales, sobre todo en París, en Amiens, en Chartres, en Reims, donde se encuentra su expresión más perfecta, y donde la escultura gótica llega á todo su esplendor.

Ya estamos en la época gallarda del Renacimiento, que empieza verdaderamente en Italia, cuando Pisa, Florencia, Génova, y sobre todo Venecia, estaban á la cabeza del comercio cristiano en Oriente, desenvolviéndose rápidamente el Arte influido por los nuevos rumbos que marcan en la literatura

y en las creencias; de una parte, el Dante, que en las descripciones de su Divina Comedia muestra la necesidad de liberarse de las tradiciones, y de otra, San Francisco de Asís, que en ardientes poesías invoca toda la creación, y de esta manera consagra el amor de la Naturaleza.

Desde el siglo XII en adelante, hasta el XVII, en toda Italia se señalaron artistas de talento; hermosos monumentos que hacen á nuestro novelista Blasco Ibañez, con sobrado motivo, con mucha razón, llamar á esta nación el país del Arte. En medio de génios tan brillantes como Giotto, que prestó á sus figuras la gracia fascinadora de la vida; Arnolfo del Cambio, que construyó el grandioso Palacio de la Señoría; Brunellesco, que hizo la famosa cúpula del Duomo, de Florencia, aquella que por sus extraordinarias proporciones no habían podido construir muchos congresos de ingenieros, hasta que después de varias dificultades se aceptó su plano; Chiberti, con sus notables puertas de bronce, también en Florencia, que han causado siempre viva admiración, declarando Miguel Angel que estarían perfectamente colocadas en la entrada del Paraíso; y sin salir de la propia ciudad tenemos ó Masaccio, verdadero precursor de Rafael, y el dominico Fra Angélico, que trasladó á sus cuadros la fé inquebrantable que guardaba. En medio de escuelas, como la umbriana, con su Perugino, del que se ha dicho acertadamente «que siguió siendo siempre el pintor del dulce recogimiento, de los divinos éxtasis, el pintor por excelencia de las Madonnas y de los Santos»; la escuela de Pádua, con Mantegna, que dió á sus personajes una firmeza extraordinaria, y de la escuela veneciana, marcando, con la familia Ballini la nueva evolución de la pintura. Entre aquella variedad de artistas y de escuelas, cuando Italia estaba agitada por la fiebre del Arte, caminando de un maestro á otro, siempre perfeccionándose, aparecen tres astros de primera magnitud, que eclipsan todos los demás, y que se llaman Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael.

Leonardo de Vinci, aquel génio superior que fué al mis-



mo tiempo pintor, escultor, ingeniero y anatómico, que agrupó numerosos discípulos formando en Milán una verdadera Escuela de Bellas Artes, que escribió tratados como el de la perspectiva, el del movimiento del hombre, y otro sobre las proporciones del cuerpo humano, «la divina proporción» según decía; que fué autor de obras bellísimas, de lindos dibujos esparcidos por museos y colecciones, fué también el autor de aquel grupo encantador que todavía se encuentra en el convento de Santa María de la Gracia, tantas veces reproducido en estampas y cromos, que se titula la «Cena» y que representa á Jesús en el centro, los Apóstoles con la viva inquietud de la sospecha, y Judas á un extremo, agitado por el fundado temor de que se descubra su traición.

Miguel Angel, que influido por lecturas del fraile Savonarola, la Biblia, el Dante, y estudiando con pasión la anatomía sobre los cuerpos de los cadáveres que compraba á los sepultureros de Florencia, tiene un carácter ardiente y sombrío, aislándose del mundo casi por completo y deseando constantemente la muerte es, sin embargo, un cerebro privilegiado, que domina sin dificultad cuantos conocimientos desea. Como escultor, hizo en la Iglesia de San Lorenzo las tumbas de Lorenzo y Julián de Médicis; con las estatuas de ambos, que tienen en la base figuras simbólicas, representando en una el Crepúsculo y la Aurora, y en la otra el Día y la Noche, siendo opinión corriente que es imposible llevar á más altura el arte de animar el mármol, que en esta última figura; la Noche, que es una mujer desnuda con un sueño profundo, en que se siente todas las amarguras del alma y cuya creencia el mismo autor se encargó de desmentir con su famoso Moisés, al que el artista golpeaba con su mazo preguntándole con extrañeza:—¿por qué no hablas?—; y como pintor, Miguel Angel, encerrado en la capilla Sixtina del Vaticano, poniendo al servicio de aquella magna obra su alma de pensador, estampaba en la bóveda, con mano vigorosa, las maravillosas escenas del Génesis; luego una legión de profetas, las Sibilas,

descifrando los libros oscuros del destino, dejando en todas ellas las muestras de una inspiración terrible, que llega á su mayor altura en el «Juicio Final», pintado sobre la pared del fondo y que encierra tanta naturalidad, tanta vida, que según afirman los que han tenido ocasión de admirarlo, produce escalofríos por su indescriptible sublimidad.

Rafael, perteneciente á la escuela umbriana, difiere de Miguel Angel hasta en el carácter y en el génio; pues mientras aquél vive en una sociedad elegante, éste se aísla del mundo cada vez con mayor empeño. Rafael cubre las lógias del Vaticano de verdaderas preciosidades, donde rebosa la viveza de sus colores, y en los salones de aquel inmenso Palacio, pinta de manera prodigiosa multitud de cuadros famosísimos, representando en el de la «Signatura» las grandes facultades del saber humano, en una série de frescos, entre los cuales descuella el titulado «Disputa de los Santos Sacramentos» que está calificado como la más hermosa manifestación del Arte cristiano.

Pasando por encima de Veronés y Ticiano, los grandes maestros de la pintura veneciana, nos encontramos en Flandes con Rubens, aquel hombre rodeado de admiración, en quien se personifica toda la importancia del arte flamenco, y del cual se ha dicho que creaba, como el árbol produce sus frutos, sin ningún pesar ni esfuerzo.

En España, durante el siglo XVII, cuando amengua la prosperidad del país, es cuando nace una escuela de pintura nacional, de la cual sale Velázquez, el admirable colorista, autor de los renombrados cuadros «El Aguador de Sevilla», «Los Borrachos», «Las Hilanderas» y «La Rendición de Breda»; luego á Murillo, que, sin perjuicio de ser algunas veces realista, sabe dar á la Concepción de la Virgen una expresión delicada y suave, con otros muchos que no quiero ni debo enumerar, bastando con citar, finalmente, al insigne aragonés Francisco Goya, que representó como nadie las escenas populares, los más célebres toreros, las majas más renombradas,

el que retrató con gracia incomparable los vicios y las costumbres de la sociedad en que nació, y que en el siglo XVIII, sin recursos y sin maestros, consiguió levantar el Arte, que estaba moribundo.

¿Para qué continuar? He procurado trazar á grandes rasgos, en líneas generales, la historia del Arte llena de encantos y de emociones, de la cual se desprenden sublimes enseñanzas, que deben tener presente los hombres pensadores, los hombres que generosamente aspiran al progreso y al mejoramiento de la sociedad.

Pero esa historia se ha ceñido únicamente á las bellas artes, que antes se llamaban artes liberales, ó sea las que buscan la belleza antes que la utilidad, sin ocuparnos para nada de las artes útiles, en que ocurre lo contrario; esto es, que la utilidad es antes que la belleza y las cuales se conocían antiguamente con el nombre de mercancías ó manuales, no teniendo en cuenta el objeto del Arte, sino la posición de aquellos que la ejercían, pudiendo decirse que en ellas se incluían los más despreciables, aquellos que en ciertas civilizaciones no eran tenidas por honrosas.

Pues bien; de esas artes útiles que algunos han subdividido en científicas y mecánicas, quizás por un sentimiento de reprehensible orgullo, y que nosotros las distinguiremos con los nombres de artes morales, comprendiendo todos aquellos que se derivan de la práctica de una ciencia, como las carreras de abogado, médico, ingeniero, etc., y artes industriales, aquellas cuyos productos pueden ser vistos y tocados, productos todos de la industria, dando á esta palabra una significación amplísima, tanto, que se comprenden en ella cuantos forman los diferentes oficios conocidos, á los que pretendo dedicar, especialmente, ligeras consideraciones.

La historia de las artes industriales también es digna de suma meditación; pero no es posible detenernos en ella por falta material de tiempo, debiendo decir únicamente que la intervención del Arte en las manufacturas es completamente

nueva, porque siendo antes la producción muy limitada, existían indudablemente artistas notables, pero hasta época bastante reciente no se sometían las creaciones del pintor ó del escultor al taller del fabricante, de cuya mala tendencia protestó justamente indignado Mr. Laborde, proclamando que el Arte tiene su vida propia independiente de sus aplicaciones, pero cuando se aplica á la industria humana, lejos de rebajar su misión, se le engrandece.

Siguiendo las nuevas corrientes, las artes industriales, conocidas por oficios, han tomado mucho vuelo en estos tiempos, principalmente las que producen, lo que hoy llamamos objetos de arte ú objetos cuyo modelo es obra de un verdadero artista, teniendo por misión esencialísima la aplicación de la pintura y de la escultura á la naciente y celebrada industria.

Però no creais que este predominio que en los tiempos modernos han logrado las artes industriales es meramente caprichoso, nó; su desarrollo, igual que el de todas las obras de arte, está sujeto á una ley fija, inexcusable, y se encuentra determinado por el estado general del espíritu y por las costumbres que le rodean, de tal manera, que no se puede negar que ca la transformación en el Estado, en las costumbres y en las ideas, trae consigo una transformación en el Arte.

Si esto es cierto, lógicamente se deduce que en la época actual, en que la ciencia política y social se perfecciona continuamente, buscando instituciones cada vez más racionales y más humanas, enalteciendo los talentos, protegiendo á los débiles y procurando que el hombre ilustre su inteligencia y mejore su condición, es evidente que el Arte seguirá los mismos rumbos, se hará eminentemente práctico y no será posible desmentir al Sr. Fernández y González cuando afirma «que el Arte está llamado en nuestros tiempos á caminar al frente de los verdaderos progresos sociales».

No solamente estoy conforme con esa máxima, sino que entiendo que el Arte, por sí solo, tiene virtualidad suficiente para reformar las costumbres, inspirar las leyes, hacer socio-

logía eminentemente práctica, ayudar á las ciencias sociales y políticas, y despoblar cada día más ese círculo del infierno en que se encuentran, según Dante, «los que durante su vida lloraron, cuando podían estar alegros».

El Gobierno, para alentar esa tendencia, y teniendo presente que en lo referente á instrucción pública no hay cuestión de tan vital importancia como la enseñanza de las clases trabajadoras, de las clases menos acomodadas, procurando que se extienda la educación profesional, con el fin de que el herrero, el carpintero, dejen de ser casi una máquina, y se conviertan en seres inteligentes, viene, de algunos años á esta fecha, creando y mejorando diferentes Escuelas de Artes y Oficios, donde la enseñanza se funda en un encadenamiento de los principios científicos con la técnica especial de las Artes, como ocurre en la de Granada, en la de Toledo, y principalmente en la de Córdoba, que bajo la inteligente dirección del laureado artista D. Mateo Inurria, constituye en la actualidad un timbre de gloria y de legítima satisfacción para la antigua ciudad de los Califas.

Pero no es bastante tan plausible esfuerzo; precisa que esta idea se divulgue, penetrando en las costumbres, y que los jóvenes, en vez de dedicarse á las carreras, que por su abundancia sirve en la mayor parte de los casos para formar una legión de funcionarios, con la pobre aspiración de encontrar un destino público, cuando no para vivir en la miseria, se dediquen con vigoroso entusiasmo á las Artes industriales, y que tengamos muchos hombres que piensen en transformar artísticamente la materia, para labrarse una posición desahogada, para hacerse respetar y para enriquecer al país de industrias, que afortunadamente van despertando el calor de la civilización.

Sin embargo, justo es consignar que los pueblos, para variar sus creencias y sus costumbres, necesitan ante todo, un Jefe, cuya voluntad es el núcleo, en torno del cual se forman é identifican las opiniones; un génio superior que logra su-

gestionar á los demás, los que siguen fielmente, por la imitación y el contagio, como rebaño dócil, sus inspiraciones, sus predicaciones y sus concejos. Así fué como Lutero, con sus escritos incendiarios, provocó formidable guerra en Alemania; Mirabeau, con su palabra de fuego, sirvió de mecha para encender la hoguera de la revolución francesa; Napoleón trocó en amantes de la disciplina á los descamisados del terror, y con relación á las artes, la India, necesitó la dirección de aquel personaje misterioso que se llamó Vicramadytia; Atenas, necesitó á Pericles; Constantinopla, al famoso emperador romano, y así pudiéramos citar otros muchos ejemplos de la historia, que patentizan esta verdad cierta y evidente.

Pues bien, el pueblo de Constantina no está acéfalo, tiene su guía, su voluntad, su jefe, para el rápido crecimiento de las artes industriales; se llama D. José Montero y Navas, que es un verdadero maestro, el director de vuestra Escuela de Artes y Oficios, á cuyo servicio pone su inteligencia, su talento y su cariño. El Sr. Montero y Navas tiene brillante historia, alcanzó envidiable recompensa en la Exposición General de Bellas Artes de 1901, mereció el sufragio de los artistas expositores de la celebrada en Mayo de 1904, llevándolo á formar parte del Jurado calificador; hizo, entre infinidad de trabajos, el bonito modelo para un magnífico panteón, que luce en el cementerio del Pedroso, obra selecta que acredita la pericia de su autor; ha conseguido que renazca el arte público, encargándose de la ornamentación de varios edificios, en ésta y en otras poblaciones, en los que siempre deja grabados el sello de su inspiración, procurando la armonía del conjunto y el aspecto pintoresco que, con esa lenta transformación, tomarían las calles y las plazas, cosa muy estimable, puesto que la estética de las ciudades es un elemento indispensable para la grandeza de los pueblos; tiene también discípulos aventajados, como se demuestra por una parte en la selecta colección de productos artísticos que forman esa interesante Exposición que, como todas las de su clase, es un jardín salpicado de infi-

nititas flores, el verdadero campo de batalla de la época actual, y por otro lado, en ese brillante desfile que hemos presenciado de niños y niñas, acercándose á la mesa con legítima satisfacción para recoger sus premios, estas últimas por buscar con noble afán en el dibujo las diferentes y lindísimas aplicaciones que pueden hacerse en las labores propias de su sexo; y tiene, finalmente, entusiastas admiradores, entre los cuales me cuento, que desean vivamente se conceda pronta justicia á sus grandes merecimientos, poniendo á su alcance los medios necesarios, para dotar á la institución que tan patrióticamente organizó, de escogido Museo, buena Biblioteca, donde existen muchas verdades que aprender y muchas bellezas que admirar, y que tenga todo lo necesario para el completo desarrollo de un Establecimiento de enseñanza, en la que algún día pueda lograrse dar validez académica á sus estudios y conseguir del Estado franca, decidida protección, que corone la obra emprendida por el experto y peritísimo director á que me refiero, Sr. Montero y Navas, con aquel ardiente entusiasmo que guiaba á los Apóstoles.

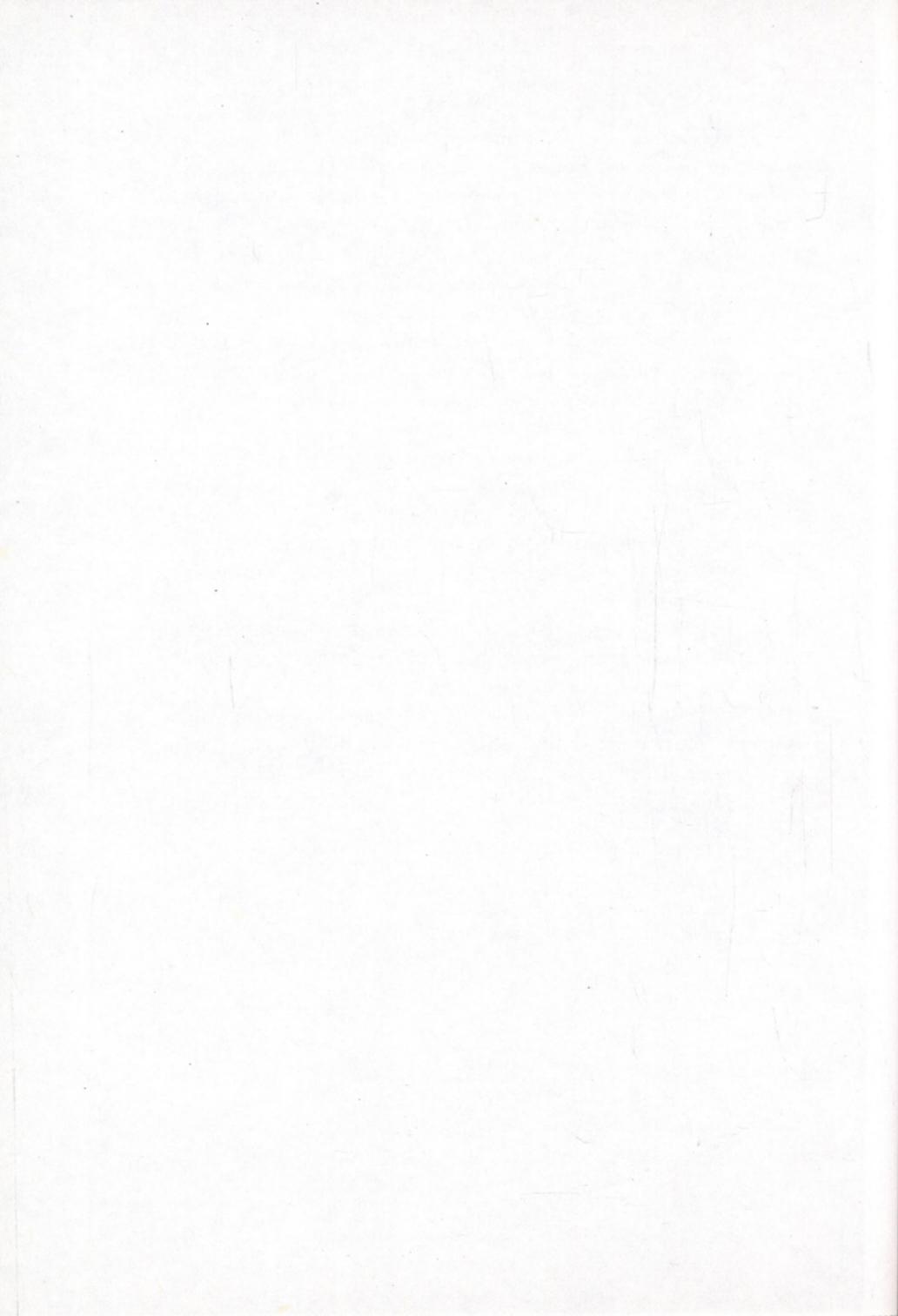
Ya veis si teneis adelantado terreno en el camino de la regeneración, tanto que basta con que los hombres de buena voluntad se agrupen en torno del genial artista D. José Montero y Navas, siguiendo dócilmente sus sanas inspiraciones, y que ensancheis vuestro espíritu y vuestro corazón cuanto puedan dar de sí en las ideas y en los sentimientos de la época, como dice Goete, para que de esta Escuela, templo y plantel al mismo tiempo, salga un numeroso ejército de artistas que, desparramándose por todo el territorio pátrio, ó buscando en el extranjero mayores horizontes, sepan enaltecer el nombre bendito de su pueblo y honrar á la nación desplegando la gloriosa bandera del trabajo.

Buena prueba de ello tenemos en D. Enrique Lorenzo y D. Enrique Simó, ambos escultores decoradores, discípulos predilectos del Sr. Montero, jóvenes de grandes alientos y en los que es justo cifrar legítimas esperanzas.

¡Qué lástima! ¡qué lástima! que esta fiesta no tenga hoy mayores alicientes. Por si algo faltaba para inclinar todos los ánimos hácia la nueva orientación, un joven sacerdote, nacido en este pueblo, inflamado por la fé religiosa y por la fé en el risueño porvenir del Arte, queriendo poner su inteligencia y su palabra al servicio de la redentora idea, tenía ofrecido hablar en este día y puedo asegurar que de todas veras lamento que las obligaciones de su sagrado ministerio nos priven de oír cómo su elocuente palabra cantaba un himno hermoso y grande á las sublimes concepciones del Arte, revelando su belleza y demostrando su importancia.

He terminado la modesta labor que me propuse y doy miles de gracias, tanto al que me invitó, como á los que han tenido la paciencia de escucharme. Yo espero que los valiosos elementos intelectuales que aquí se congregan, y los numerosos trabajadores que pretenden adiestrarse en algú arte para reconquistar con la inteligencia, aplicada á los trabajos manuales, el legítimo disfrute de las ventajas que ofrece la moderna civilización, harán lo posible porque este pueblo, donde parece que se agita el espíritu inmortal de los romanos, que le dió su vida, se convierta rápidamente en la nueva Atenas, colocada en el lugar más bonito y pintoresco, donde se concentra la más pura esencia de la bella, risueña y graciosa Andalucía.

HE DICHO.



CRÓNICA DEL ACTO

POR

D. MANUEL DÍAZ MARTÍN

El día 12 del corriente, á las doce de la mañana, se verificó en la Casa Ayuntamiento de esta Villa, la solemne inauguración del Curso de 1906-1907 de la Escuela de Artes y Oficios, fundada y dirigida por nuestro ilustre amigo el laureado escultor D. José Montero y Navas.

Presidió tan simpático y culto acto, el dignísimo alcalde Sr. D. Francisco Segovia de la Rosa, con quien tomaron asiento en el estrado, sus compañeros de Corporación y demás autoridades eclesiásticas, civiles y militares, asistiendo muy lucida representación del bello sexo y numeroso público perteneciente á todas las clases dignas de la sociedad.

El Sr. Montero leyó una bien escrita memoria, haciendo un resumen de los trabajos realizados en el año anterior y marcando la orientación que debe seguir la Escuela, respondiendo á las necesidades del pueblo, al estímulo que le ofrecen desinteresados protectores y al apoyo que le dispensan el Estado y el Municipio.

Acto seguido se procedió al reparto de los premios obtenidos en los exámenes de prueba de curso, que ofrecieron el resultado siguiente: En Geometría, 9 Sobresalientes, 7 Notables y 1 Aprobado; en Dibujo lineal, 8 S. y 6 N.; en Dibujo artístico, 5 S. y 6 N.; en Modelado y prácticas de taller, 3 S. y 2 N.; en Dibujo del yeso, 2 S.

Llamaron justamente la atención y fueron aplaudidas con entusiasmo al acercarse á recoger sus diplomas, cinco lindas alumnas, de ocho á doce años de edad, que presentan primorosos trabajos, siendo dignos de especial mención los de la bella señorita Aurelia Díaz, que admiró al Tribunal calificador, en el ramo de corte y confección de vestidos, tomando las medidas de falda y blusa á una de sus pequeñas compañeras, trasladándolas prácticamente á la pizarra, dibujando los respectivos cortes y señalando los bordados y adornos con una precisión y un arte verdaderamente encantadores.

Concluído con general complacencia este público testimonio de merecido galardón á los inteligentes y laboriosos alumnos, el Sr. Alcalde dirigió al numeroso y culto concurso breves, elocuentísimas frases, haciendo la presentación del Sr. D. Enrique del Castillo y Romero, encargado del discurso inaugural, como jóven pero ya distinguido jurisconsulto, brillante orador, infatigable ateneísta, profundo sociólogo, entusiasta propagandista de todas las ideas nobles y progresivas y muy singularmente como cultivador de las artes bellas, y admirador de esta encantadora villa de Constantina, donde tiene gratos recuerdos, entrañables afecciones y las más valiosas amistades.

Entre una atronadora y repetida salva de aplausos, levántose el Sr. Castillo y Romero, haciendo un brillantísimo exordio justificando su presencia por los reiterados ruegos del Sr. Montero, saludando á las autoridades, dando gracias al Sr. Segovia por la entusiasta presentación (hija sólo del afecto), tributando admirables frases de admiración y agradecimiento á las bellas y distinguidas damas que daban tono y honor, al acto, con su gallarda, imponderable presencia, y recomendándose modestamente á la benevolencia del selecto concurso en gracia siquiera á su buena voluntad y al recuerdo de los felices días de su adolescencia que tuvo la fortuna de pasar entre estos laboriosos y hospitalarios moradores.

En dos partes dividió su admirable y aplaudidísimo dis-

curso el Sr. Castillo y Romero. Trazó en la primera, en síntesis verdaderamente maravillosa por lo exacta, completa y elocuente, el proceso de las Bellas Artes desde sus orígenes históricos hasta la época actual, desde el Oriente, de donde parte toda luz, Egipto y Fenicia como cuna del Arte, Grecia como punto culminante de sus más amplias y diversas manifestaciones, Roma como recopiladora, copista y decadente, y sucesivamente las distintas manifestaciones del arte cristiano, desde su sencilla iniciación en las catacumbas, marcando las influencias del Arabe y el Gótico, hasta el desenvolvimiento del Renacimiento, haciendo graduales escalas en las principales figuras de las diversas épocas, escuelas, estilos y tendencias, y cerrando su luminosa excursión por tan vastísimo campo en el genial Goya, que sintetiza y retrata su época, dejando la apreciación de la labor á partir del siglo XIX para quienes se vayan atreviendo á juzgarla con la debida imparcialidad.

Imposible, de todo punto, seguir al Sr. Castillo en su mágica, puede decirse cinematográfica presentación de la sintética Historia del Arte: baste decir, que cada periodo está juzgado con arreglo á los cánones de la más depurada crítica, que cada escuela está caracterizada por sus típicas cualidades, que toda figura saliente está pintada con una frase feliz, y que el conocimiento profundo del asunto le permitió enlazar unos y otras con encadenamiento lógico, con la portentosa intuición que se necesita para que constituya un conjunto armónico y encantador.

Y todo esto, dicho con frase correcta y castiza, con estilo levantado y propio del asunto, con imágenes felices y llenas de novedad, con epítetos apropiados y observaciones siempre juiciosas, y se comprenderá la delectación, el encanto, la admiración y el entusiasmo con que fué escuchado, teniendo al público que llenaba el amplio local, pendiente de sus labios, sugestionado por aquel aluvión de ideas y de citas y ávido de poder exteriorizar la admiración producida por tan notable y genial orador.

Consagró el Sr. Castillo la segunda parte de su discurso á explicar á grandes rasgos la misión social que las Artes útiles ó industriales están llamadas á desempeñar; puntualizando su indiscutible importancia real é histórica, la cual acrece y se multiplica á medida que saben responder sus cultivadores y propagandistas al espíritu y costumbres de las respectivas épocas.

Reconoció gallardamente la protección que comienzan á dar los gobiernos á esta suprema manifestación de la cultura, creando en las principales capitales Escuelas teórico prácticas de Artes é Industrias, entre las que señaló por el auge que ha logrado alcanzar, la de Córdoba, que dirige su buen amigo el excelente artista Sr. D. Mateo Inurria, que cuenta con varios centenares de inteligentes y laboriosos alumnos, verdadera esperanza de la patria.

Mostró también su complacencia al ver que algunos pueblos, Constantina entre ellos, acuden ya á favorecer este movimiento impulsivo y regenerador, deseando que todos los demás imiten tan laudatoria orientación, sintiendo que no puedan hacerlo todos por carecer de un guía sabio y generoso que les trace el derrotero que les conviene seguir.

Por fortuna, añadió, Constantina cuenta con ese experto guía, con ese peritísimo Director, con ese modelo de ciudadanos y de artistas que se llama D. José Montero y Navas, cuyos pasos deben seguir todos los jóvenes de alientos y de buena voluntad, porque de ello depende la emancipación de los trabajadores artistas y el lisonjero porvenir que merece la rica y poética villa de Constantina, núcleo de sus más caros afectos.

Delirante ovación premió el magistral discurso del señor Castillo y Romero, que recibió innumerables plácemes y enhorabuena que con él comparten las autoridades, la Escuela y el pueblo entero de Constantina.

Reciban todos mi cordialísima felicitación.

(De *La Andalucía Moderna*)



Sig.: FL 7 mem
Tit.: Memoria leida en la apertura c
Aut.:
Cód.: 1002483



Antonio Difort Álvarez